

Fueron seis religiosos y por comisario de ellos y de los que allá estaban el padre fray Francisco de Escobar, hombre de aprobación, de vida y letras, aunque por causas que concurrieron le fue la comisión al padre fray Francisco de Velasco, que allá estaba por un año, y mandato al nuevo comisario que de acá iba que así se cumpliese y con gente que fue de socorro para lo que se ofreciese, así de presidios como de entradas, quedó todo cumplido, y el virrey y la orden quietos de la inquietud que les causaba el desconcierto y mal avío de aquella entrada.

Tocadas ya aquellas gentes de la mano de Dios poderosa, comenzaron a bautizarse; y tenían ya el año pasado, de mil seiscientos y ocho años, más de ocho mil ánimas, y con este contento, así de los ministros eclesiásticos como de lo secular, escribieron al virrey y a la orden y vinieron religiosos con razón de todo lo que pasaba y a pedir ayuda, así en lo temporal como en lo espiritual; a lo cual se acudió liberalmente; y para lo espiritual fueron ocho, o nueve religiosos, que ayudasen en tan apostólica obra, y el padre fray Alonso Peinado por comisario de ellos y de los que allá están, por haber renunciado este oficio el padre fray Francisco de Escobar, que hasta entonces lo había sido con mucha aprobación. El virrey los proveyó, como era justo, y nombró por capitán de la gente, que fue de nuevo, al mismo que iba por gobernador, en nombre de el rey; porque ya su majestad lo ha tomado a su cargo y por suya la conquista; y así entendemos tendrá mucha medra aquella conversión, porque para su remedio tenía necesidad de un brazo tan poderoso como es el de el rey nuestro señor.

CAPÍTULO XL. *Donde se da fin a las relaciones de el Nuevo Mexico y se dicen en particular las cosas tocantes a sus moradores*



A HEMOS DICHO QUE EL LUGAR PRINCIPAL donde el gobernador don Juan de Oñate hizo su poblazón y sentó su real, le puso por nombre San Gabriel y que está situado en treinta y siete grados de altura y que tiene por banda dos ríos; uno de los cuales es de menos agua que el otro. Este chico riega todas las sementeras de trigo y cebada y maíz que hay de riego y todas las demás cosas que se siembran en huertas, porque se dan en aquella tierra coles, cebollas, lechugas y rábanos y la demás verdura menuda que en ésta; danse muchos y buenos melones y sandías.

El otro río es muy grande y llámanle de el Norte; dase en él mucho pescado y de cinco leguas más arriba de el real, buenas truchas (y muchas de a dos palmos); más abajo de el real se toma mucho pescado, como son bagres, matalotes, mojarras y mogotes; y en los esteros de este río se pescan anguilas que pasan de a vara.

Todo lo que se siembra de Castilla y el maíz y chile de acá, se da bueno y mucho. Criaban las indias muchas gallinas de la tierra y hay mucha

caza de grandes venados, cabras montesas y muchas liebres y conejos. Dase bien el ganado de Castilla, así menor como mayor y las yeguas y los puercos y gallinas; hay en quebradas y riberas de ríos y arroyos mucha uva y rosa y lirios, y por los campos mucho lino. Estas cosas se dan y nacen sin sembrarlas ni labrarlas. Hay en partes unas ciruelas muy buenas y piñones mayores que los de esta tierra. Está cercada de vacas de Cíbola, aunque las más cercanas estarán cincuenta leguas, cuya carne es muy sabrosa y el sebo es tan bueno que se come crudo a bocados; la manteca es cosa muy delicada y de lindo sabor.

Luego que las mazorcas de maíz llegan a estar en leche, cogen muchas de ellas y amasadas hacen una masa de ellas extendida, muy delgada, a manera de hojaldrado, como cuando hacen fruta de sartén; y de esta masa, así amasada, hacen unos canelones a la manera que una suplicación, y cuélganlas al sol y secas las guardan para comer; y cuando las mazorcas van ya cuasi cuajadas cogen muchas de ellas y tostadas o cocidas las ponen al sol; y estando bien enjutas y secas las guardan. Las demás mazorcas, que quedan naciendo, las dejan sazonar de el todo para guardarlas en maíz, hecho para comer y para sembrar a su tiempo. Todo esto hacen porque los hielos comienzan muy temprano y están lás mieses a mucho riesgo de perderse; y así tienen este modo de coger su comida, para gozar de alguna antes que se le hiele toda. También cogen buenos frijoles y calabazas grandes y sabrosas; hacen de la masa de maíz, por la mañana, atole (como de harina gachas o poleadas) y éste comen frío todo el día; no le echan sal ni lo cuecen con cal ni ceniza, como estos otros indios lo cuecen. También hacen tamales y tortillas, como los de por acá; y éste es su ordinario pan.

La tierra es muy fría de invierno, hiela y nieva mucho y anda el inverino y el verano al tiempo que en España. Para los fríos de el invierno hay mucha leña de encina, de pino y otros géneros. Usan de estufas debajo de la tierra los hombres para invierno. Y es tanto el frío que hace, que ha acaecido helarse el vino en la vinajera, y en el cáliz estando diciendo misa (aunque esto ha sido pocas veces); los ríos también se cuajan de muy grueso carámbano y hielo; es largo el invierno y el verano corto; pero con todo esto es más fría Castilla la Vieja.

Las gentes de estas tierras (así indios como indias) a una mano son de buena estatura y comúnmente bien agestados. Son de buen entendimiento y alegres y todo lo poblado (que serán ciento y doce o más pueblos) es de gente amigable y bien partida de lo que tienen con todos. Desde que maman los niños los laban sus madres con nieve todo el cuerpo, porque se hagan duros para el frío; y todo el tiempo que son muchachos no han de entrar en las estufas a calentarse; pero hacen de leña menuda en el campo raso lumbre en que se calientan. Los más de estos muchachos o casi todos andan en cueros sin ninguna ropa.

Tienen por ejercicios correr juntos una legua y otra de vuelta, sin parar ni descansar (dando los hombres a los muchachos mucha ventaja) y esto hacen para ejercitarse y estar sueltos para dar mejor el alcance a sus ene-

migos, cuando tienen guerras unos pueblos con otros; y los llevan de vendida porque traen guerra contra una nación que se llama Apache, y son animosos contra ellos; los cuales dicen ser naturales de aquella tierra (al menos primeros que estos que agora la tienen poblada); éstos no siembran ni tienen casas, comen yerbas y raíces y vacas y otras cazas que matan con arco y flechas; éstos hacen ordinariamente guerra a los poblados porque, como se precian de naturales de ella, querrían que los demás no la posesen. Representándoseme en ellos los cananeos y las otras naciones de la tierra de promisión,¹ que hacían guerra continua a los de el pueblo de Israel, que vinieron después de ellos, por parecerles ser legítimos poseedores, por haber venido primero, no advirtiendo (según dicho de Cristo)² que los postreros serán primeros y los primeros postreros; y que muchos son privados de sus tierras y desterrados de ellas por causas que, aunque los hombres no las alcanzan, las sabe Dios y las ordena, como también se vio esto en esta Nueva España, que los indios nahuales, que vinieron a ella postreros, echaron de sus sitios a los chichimecas, que eran primeros, y los españoles después, quitándosela a todos ellos que han sido los postreros; y no quiera Dios que a éstos se la quite Dios por causas que él se sabe; y aun todos entendemos si ya no es que quiere conservarlos por hacer otro nuevo mundo de gentes, hasta estos nuestros tiempos, no conocidas de estos naturales, para que así como en otras tierras de cristiandad más antiguas se va perdiendo, en ésta se conserve para su mayor servicio y gloria.

Estos apaches hacen continua guerra a estos que llamamos nuevos mexicanos; y les han quemado muchas veces muchos pueblos; y cuando van a el monte por leña, o están en sus labores en el campo descuidados, los matan repentinamente, porque cara a cara y tantos a tantos no se atreven; porque es mejor gente la poblada que estos dichos apaches naturales. Conocen de muy lejos venir los enemigos y para que les vengan a socorrer los pueblos comarcanos se suben las mujeres lo más alto de sus casas y echan ceniza en alto y tras de esto hacen lumbre ahogada para que echando más espeso humo sea más visto de los otros pueblos (cuyo favor piden) y las mujeres, dando con las manos en las bocas abiertas, hacen un grande clamor que se oye mucho y de muy lejos; van ellas también a la guerra llevando mantas muy pintadas para que si los contrarios o enemigos cautivan a sus maridos, los rescatan con aquellas mantas que llevan; hacen grandes fiestas con el indio que mata o cautiva a otro su contrario. Al que cautivan y llevan preso le matan después con grandes crueldades y de los que dejan vivos se sirven como de esclavos. Estos poblados han tenido también, entre sí y unos con otros, guerras; y el gobernador, don Juan de Oñate, procuró siempre confederarlos y hacer amistad entre ellos, que ha sido de mucha eficacia y bien para la tierra; porque por este modo se han excusado muchas muertes.

Para ir a caza echan bando, y lo pregonan tres días continuos; y pasados los tres días salen a los campos a la caza, que ya está pregonada. El pre-

¹ Numer. Cap. 21.

² Math. 20.

gonero es la segunda persona de más autoridad de el pueblo después de el mandón; porque no pregona como hombre común, que dice razón ajena, sino como persona que trae a la memoria y advierte las cosas que está obligada a hacer la república; y así no es oficio vil entre ellos (como entre nosotros el de los que lo usan comenzando con tres blancas). El día de la caza, si no salen todos los obligados a ir a ella acusan a los remisos; y lo mismo hacen cuando se pregonan sus juegos y ejercicios; y los acusados y culpados suben (por mandamiento del que los gobierna) al primer suelo y corredor de la casa (de tres y cuatro y cinco, que tiene uno sobre otro) y pónenles unas pocas de pajas o pajillas ardiendo, y con esto se van. Y no hay más castigo, porque entre estas gentes no hay ni han tenido género ninguno de castigo por delitos que cometan ni maldades que hagan; cuando mucho, al que de todo punto es inobediente, le cortan una guedeja muy pequeña de los cabellos y ésta tienen por suma afrenta.

No saben hurtar (virtud moral que corría en su gentilidad por todas estas naciones), todo cuanto hallan, aunque sean cosas muy apetecibles y de su gusto, buscan a su dueño para dárselo; y se ha verificado esto después que los españoles están entre ellos; porque cosas que han perdido se las han vuelto, buscando con diligencia a los dueños. Entre ellos no hay cosa partida, porque si el uno tiene alguna cosa en la mano y otro se la quita, se la deja llevar; que parece que están estas gentes en la primera edad de el mundo, donde dicen los hombres de aquellos primeros siglos, que todas las cosas eran comunes; y esto es lo que es de ley natural, que todo lo comunicó a todos, sin particularizarse con nadie, aunque después (como decimos en otra parte) comenzó el dominio, por evitar mayores inconvenientes y daños; no riñen entre sí, ni unos con otros; y esto se probó porque muchas veces pretendieron nuestros españoles (que son algo bulliciosos) revolverlos y provocarlos para sacarlos de su paso y encolorizarlos y jamás pudieron mover su natural mansedumbre a que se airasen ni encendiesen unos contra otros, antes por el mismo caso que quieren provocarlos a enojo, se abrazan y acarician; no se emborrachan y con tener mucha uva no se aprovechan de ella para bebida, sino para comer de ella y hacer pan que comen; su bebida es agua líquida y clara, sin tener otro brebaje, ni mixtura de cosa. La ocupación de los varones, es labrar sus sementeras y hilar y tejer sus mantas de algodón con que se visten. Las mujeres van a caza y al monte por leña y a traer madera para labrar las casas; van a las salinas por sal. Y el vicio que tienen estos indios es jugar en las estufas las mantas y otras preseas, con unas cañuelas que echan en alto (el cual juego usaban estos indios mexicanos) y al que no tiene más que una manta y la pierde se la vuelven; con condición, que ha de andar desnudo por todo el pueblo, pintado y embijado todo el cuerpo y los muchachos dándole grita.

Las indias se ocupan en guisar de comer y en ayudar a coger las sementeras; en criar sus hijos y en criar sus gallinas de la tierra, de cuya pluma hacen muy buenas mantas y muy galanas. Ellas son las que hacen y edifican las casas, así de piedra como de adobe y tierra amasada; y con no

tener la pared más de un pie de ancho, suben las casas dos y tres y cuatro y cinco sobrados o altos, y a cada alto corresponde un corredor por defuera; si sobre esta altura echan más altos o sobrados (porque hay casas que llegan a siete) son los demás, no de barro sino de madera. No tienen puertas estas casas en lo bajo (como acostumbramos nosotros en los zaguanes de las casas); pero suben al primer alto por una escalera levadiza y así en todos los demás. Las puertas arriba son muy pequeñas, con sus troneras a los lados, por amor de los enemigos, porque si subieren arriba puedan defenderse de ellos y flecharlos por allí. Sus armas son flechas y macanas; y cuando se llegan cerca tiran piedras grandes y menudas. Hay en aquella tierra grandísimos osos. Hanse visto leones coronados y muchos y grandes lobos, coyotes o adives. Zorras y raposas muchísimas. Hay muy grandes águilas y muy grandes y hermosos halcones; hay unos pájaros que son en estas partes de muy grande estima, que se llaman cenzontles, que cantan variamente como calandria y con muchas más diferencias y hay cantidad de ruiseñores. Las mujeres juegan en las plazas, tantas a tantas, un modo de chueca que casi es a la manera que juegan en Castilla en algunas aldeas; los precios son tinajas, escudillas de barro y otras de calabaza (que llaman xícaras) y a las veces mantas. Cuando riñen se salen al campo, donde se apuñetean y a veces se dan con palos o piedras; y los indios no tienen licencia para ir a despartirlas; antes se suben a las azuteas y terrados a ver cómo riñen. De los oficios de la república es el primero el mandón, a quien dan mano para que mande en lo que es gobierno. Y después de él, es el que pregona y avisa las cosas que son de república y que se han de hacer en el pueblo. Demás de estos dos tienen capitanes para la pesca, para el monte, para la caza y para las obras; y a cada cosa que de nuevo les piden o imponen se juntan en una estufa grande que tienen de comunidad (como sala de cabildo) y de allí sale acordado lo que han de hacer o responder. Luego de mañana van las mujeres con harina y plumas a unas piedras toscas que tienen levantadas; y les echan un poco de la harina que llevan y de aquellas plumitas, porque las guarden aquel día para que no caigan en las escaleras y cambien para que les den mantas. Nombran a tres demonios que les aparecen. A éstos piden agua; al uno llaman Cocapo, al otro Cacina, y al otro Homace; los dos últimos les aparecen en el campo, en la figura que quieren. El Cocapo les aparece en el pueblo y cada vez que las mujeres le ven quedan desmayadas de espanto. Su templo es un aposento alto, de diez pies de ancho y veinte de largo, todo pintado y unos arquillos también pintados. El ídolo es de piedra o de barro y está asentado a la mano derecha de el templo con una xicara con tres huevos de gallina de la tierra; y tiene a la otra mano izquierda otra xicara con elotes (o mazorcas de maíz) y delante de sí tiene una olla llena de agua. Este ídolo guarda una india vieja que es sacerdotisa.

Esta gente es sagaz y de mucho secreto, y por esta causa no se han podido ver más cosas, ni saberlas, acerca de su falsa religión. Vístense galanos para hacer sus mitotes y bailes cada barrio por sí; salen a ellos vestidos, así hombres como mujeres, con mantas pintadas y bordadas, lo cual todo pin-

tan y bordan los hombres, porque las mujeres no lo aprenden y así no lo hacen. Cuando piden agua a sus dioses andan los indios desnudos junto a las casas, y las indias desde los corredores les echan agua con ollas y jarrros, con que los bañan bien y también bailan en las estufas y azotan a un indio cruelmente y lo arañan y rasguñan con unos como peines, de manera que lo dejan todo desollado y rasgado; y todo esto hacen porque llueva.

CAPÍTULO XLI. *Donde se trata de la primera jornada que hizo al descubrimiento de la California el capitán Sebastián Vizcaíno, y de lo que le sucedió*



L AÑO DE 1596, GOBERNANDO EL CONDE DE MONTE-REY, vino orden de su majestad para que se fuesen a descubrir las tierras y puertos de las Californias, de donde había mucha noticia que había en aquellos mares gran número de perlas (y esta jornada había hecho antes el marqués de el Valle). Vino remitida la comisión de ella al capitán Sebastián Vizcaíno, hombre de buen juicio y buen soldado y plático en semejantes cosas. Juntó gente para la entrada y por autoridad de el virrey pidió a los padres fray Pedro de Pila, que a la sazón era comisario general de esta Nueva España, y al padre fray Esteban de Alzúa, que era provincial de esta provincia de el Santo Evangelio, que por devoción que a la orden tenía y por ser los primeros apóstoles de esta tierra los frailes de San Francisco y por ser asimismo orden de su majestad, le diesen cuatro religiosos que le acompañasen y fuesen a poblar las islas y tierras de la California, los cuales le fueron concedidos y nombrados el padre fray Francisco de Balda, por comisario; fray Diego Perdomo, fray Bernardino de Zamudio y fray Nicolás de Saravia, sacerdotes, y fray Christóbal López, lego.

Hecho este nombramiento y junta, la gente (así soldados como marineros) se partieron todos para el puerto de Acapulco, donde se embarcaron y comenzaron su navegación por el Mar del Sur, la vuelta de el poniente, y fue el general Sebastián Vizcaíno, solícito de sus sucesos, en demanda de las Californias, que era la tierra que llevaba de comisión para descubrirla. Iban los religiosos repartidos por los navíos (que todos eran tres), y yendo costa a costa, por esta de esta Nueva España, llegaron al puerto de Zalagua, donde estuvieron algunos días tomando agua y algunos bastimentos y aguardando cuatro capitanías de gente que venían por tierra, para embarcarse en aquel puerto (que así estaba concertado).

Partieron de allí con buen tiempo y navegaron más de ciento y cincuenta leguas la boca de la California adentro, yendo siempre tierra a tierra, costa de esta Nueva España, hasta llegar al puerto de San Sebastián e islas de Mazatlan, donde volvieron a tomar agua y otras cosas necesarias; y de el puerto de Mazatlan se huyeron más de cincuenta soldados, porque decían era poco el bastimento y avió que llevaba el general para jornada tan larga